

# EN LONDRES

Por

Pierre CHILI



CUANDO EN un grupo de guardiamarinas uno de ellos habla sobre temporales, nadie lo escucha: todos están pendientes del término del relato para ellos meter su cuchara y relatar un temporal mucho más formidable. Pero cuando un guardiamarina habla de sus aventuras en alguna capital extranjera, todos los oídos se sintonizan y no se pierde palabra.

Un guardiamarina refería sus impresiones sobre Londres.

—Hay que acostumbrarse a Londres, compañeros. Al principio uno se siente algo desorientado; pero una vez que se le toma el rumbo, no hay ciudad mejor en el mundo. ¡Qué muchachas!

Al oír nombrar "muchachas", Carrillito se saboreó como si paladeara mieles.

—¡Qué muchachas!. . . ¡Blancas y rosadas como grosellas en leche! ¡En el Picadilly no hallarían ustedes a quién elegir como reina! ¡Todas son lindas! Yo me hice amigo de muchas de ellas.

Carrillito empezaba a sentirse un Pollo Tejada.

—Pero para tener partido en Londres, lo primero que hay que hacer es comprar. se un "colero" de pelo y un smoking. En

Londres nadie se piensa decente si anda sin su tarro colero llegada la noche.

Carrillito recordó que no tenía sombrero de copa.

—¿Y cuánto vale uno de esos sombreros?

—Por doce chelines puedes tener uno mejor que los del Príncipe de Gales.

Quedó conforme Carrillo. No era muy caro. El smoking se lo pediría prestado al gringo Saxton.

En la noche, medio amortajado en su cimbreado coy, apenas durmió Carrillo. En sueños llegaba al Picadilly; miles de rubias y preciosas muchachas lo solicitaban. Con el sombrero de pelo a la nuca, él les cantaba "Is a long way to Picadilly". Las llevaba a todas al teatro y a cenar con champaña a medianoche. Y en el sueño se sonreía como si le hicieran cosquillas deliciosas en el alma.

Decidió su viaje a Londres. Al instructor le presentó al día su libro de cálculos y su bitácora. Al contador le pidió unas cuantas libras esterlinas a cuenta de su sueldo. A su buen amigo, el gringo Saxton, le pidió prestado el smoking. El Macho Quiroga, otro guardiamarina, lo acompañaría en su visita a Londres.

Entre una humareda espesa de cigarrillos turcos, egipcios y de cachimbas que fumaban muchos hijos de Inglaterra, apol-

tronados en un buen asiento de ferrocarril, recorrieron el camino a Londres. A medida que Carrillito se aproximaba a la gran capital, sentíase más Pollo Tejada. Cruzaron el Támesis. Lo encontró angosto y turbio. Londres, con su inmenso y abigarrado caserío y sus torres que sobresalían, se les presentó a la vista. Desembarcaron en la estación de Charing-Cross. Tomaron un auto.

—Al Queen Hotel, dijo Quiroga.

Desfilaban edificios, tiendas, palacios, coches, automóviles, como figuras de caleidoscopios. Varias muchachas rubias caminaban por las aceras. Carrillito asomaba la cabeza y las saludaba festivamente. El auto pasaba por una plaza. El Macho Quiroga, al ver un monumental pedestal sobre el cual se alza la estatua de Nelson, reconoció la plaza Trafalgar.

—Trafalgar Square, dijo.

Carrillito encontró chico a Nelson perdido como entre las nubes sobre una columna gigantesca.

—¿Por qué lo habrán colocado tan alto?

El Macho Quiroga, que sabía de los amores de Nelson con la esposa de Lord Hamilton, embajador inglés en Nápoles, le dijo:

—Hasta en esto son prácticos los gringos. Lo han colocado tan arriba para que no lo alcance el bastón del marido de Lady Hamilton.

En el hotel, unos "grooms" recamados de botones dorados, les recibieron las maletas. Con zumbidos de abeja, un ascensor los llevó a un departamento.

Carrillito se revolcó deleitadamente en la ancha cama, maldiciendo a su angosto coy de a bordo.

Pero no había que perder tiempo. Al siguiente día tenían que regresar a bordo. Rompeacero, el comandante, no admitía ni medio minuto de retraso.

—Es una audacia la de Rompeacero, dijo Quiroga. Los bretones y los anglos se demoraron siglos en conquistar a Londres.

—Puen en veinticuatro horas Londres será nuestro; desde la duquesa altiva a la "que pesca en ruin barca", contestó Carrillito, convertido de hecho en un gran Pollo Tejada.

Se trazaron el programa. Antes que nada comprarían sendos sombreros de pelo. Almorzarían en el mejor restaurant: ostras y Sauterne Barsac. Al anoecer se vestirían de etiqueta con sus guapos coleros. Saldrían de conquistas al Picadilly. Elegirían el par de más lindas muchachas de Inglaterra. Al teatro con ellas. A cenar con champaña. Noche inolvidable y esplendorosa.

Carrillito, deslumbrado de entusiasmo, se llevó la mano a la cartera y sacó el retrato de su "quinta" novia en Chile. Le dio un beso a la fotografía y sepultó el retrato en su maleta.

Después de comprar los sombreros y de almorzar opíparamente, Quiroga le dijo a su amigo:

—Vamos a variar unos quince minutos nuestro programa. Había olvidado un encargo de mi padre. El viejo es muy amigo del Adicto Naval chileno en Londres, y me dio unos encargos para él. ¿No conoces al capitán de fragata, a don Lauro Rosaleda?

No le agradó la proposición a Carrillo.

—Lo conozco mucho. Pero no me parece muy aceptable el que hayamos venido desde Chile a Londres a ver un comandante chileno, como si en Chile no los tuviéramos cada media cuadra. Con el respeto debido a tu señor padre y a sus canas, debo declararte que el viejo te ha metido un feroz clavo.

—Serán quince minutos. Ni un segundo más.

Era el comandante Rosaleda el jefe más gentil de la Armada: amable, muy ilustrado y obsequioso con los chilenos que pasaban por Londres. Quiroga le expresó los saludos y encargos de su señor padre, que Rosaleda agradeció muy complacidamente.

Carrillito los oía, procurando mantener cara afable. Pero no lograba vencer una especie de timidez y una de falta de voluntad que lo embargaba cada vez que se hallaba en presencia de algún superior jerárquico.

—¿Por cuánto tiempo han venido ustedes a Londres?, les preguntó el Adicto.

Al contestársele que sólo por algunas horas y que por tal motivo sentían tener que despedirse de él, Rosaleda benévola-mente los retuvo.

—Desde estos instantes son ustedes mis huéspedes. Conozco muy bien a Londres. Juntos visitaremos sus monumentos y cuanto de más ilustrativo e interesante existe en esta gran ciudad. Será un deber y un placer muy agradable para mí el acompañarlos.

Carrillito ya largaba el llanto; pero no se atrevió a decir palabra, concretándose solamente a lanzarle una mirada de carníbal al Macho Quiroga.

Rosaleda los llevó a la Torre de Londres, a la Abadía de Westminster, a la Catedral de San Pablo, etc., hablándoles muy atentamente sobre Ana Bolena, sobre el asesinato en la trágica Torre londinense del joven rey Eduardo V y de su hermano el duque de York. Les señaló el sitio en que de pie Carlos I escuchara su sentencia de muerte. Carrillito no le oía. Pensaba en el Picadilly y de cómo iban transcurriendo las horas. Veía enteramente destrozado su programa. ¡Al diablo Ana Bolena, Enrique VIII y otros antediluvianos de los que no quedaba ni polvo! Lo que les interesaba eran las muchas actuales, las de la historia contemporánea. En un momento en que quedó solo con el Macho Quiroga, cerró los puños y le dijo amenazante y en voz baja:

—El viejo chiflado de tu padre, sus encargos y tú son unos. . .

—Hágame el favor, señor Carrillo. Sírvase no hablar tan irrespetuosamente de mi señor padre. Más cuidado, caballero.

Felizmente, el comandante Rosaleda se les acercó y terminó el incidente, que parecía llamado a encreparse.

—Es hora de tomar el té. Los voy a llevar a un sitio muy aristocrático, en donde se reúne la alta nobleza inglesa.

Tomaron el té. Una preciosa doncellita rubia, con un birrete blanco, los atendía. ¡Qué ganas las de Carrillo de decirle por lo menos: "Olé tu madre"! Pero allí estaba el pulcro comandante que le infundía un respeto endemoniado. De cuando en cuando el Adicto les llamaba la atención hacia ciertos beneméritos personajes viejos y estirados.

—Aquel es Lord Roseberry, dueño del caballo que ganara el Derby en Epsom el año antepasado. Aquella es Lady Wiltonshire, emparentada con la reina María. . .

No le interesaban mucho al Macho Quiroga aquellos vejesterios. Miraba por lo bajo a la doncellita que le sonreía simpáticamente, mientras iba de un lado a otro con tostadas en bandejas: ¡Qué deseos de invitarla para la noche!

Desilusionado salió del aristocrático club.

—Vamos ahora al Picadilly. Es la hora del paseo y de mayor movimiento, les expresó Rosaleda.

El programa se mejoraba. Desfilaban las rubias y lindas muchachas. Pero Rosaleda era insensible a tales encantos. Carrillito, como manso perdiguero que, retenido por una cadenilla, olfatea las perdices y quiere seguirles el rastro, retenido por un invencible respeto al Adicto, caminaba mal humorado. Se atrevió a decirle al comandante:

—Discúlpenos, señor. Pero ya tenemos mesa tomada en el hotel y es hora de comer.

—Comerán conmigo, mis amigos. Y no me agradezcan esta pequeña atención mía. Seré yo el agradecido. ¡Tanto tiempo que no me daba el gusto de conversar con amigos chilenos y, en especial, con oficiales de la Marina!

Esta vez sí que casi se largó a llorar Carrillito, en pleno Picadilly. En tono apagado y reconcentrado, le dijo a Quiroga:

—En la máquina que me has metido. Hay que deshacerse de este caballero.

—Déjalo a mi cuidado. Después de comida le diré que esta misma noche tenemos que tomar el tren de regreso, y con esto nos dejará libres.

Carrillito se sintió algo aliviado. No todo se había perdido. Restaba lo mejor: la noche. Recobró su alegría. Todo el Picadilly y sus encantadoras muñecas rubias parecían hacerle señas, llamándolo al loco festín de sus alegrías.

Como a las diez de la noche le hizo una maliciosa señal al Macho Quiroga, quien se levantó de su asiento, diciéndole al comandante Rosaleda:

—Le quedamos muy agradecido, señor. Le referiré a mi padre sus atenciones. Tenemos que despedirnos, pues regresamos a Portsmouth por el tren de esta noche a las diez y media.

—Los acompañaré a la estación.

Carrillito sintió como si se le desplomara la catedral de San Pablo sobre su cabeza. En la estación, Rosaleda habló con el conductor, recomendándole al par de muchachos. El conductor le hizo amablemente la venia. Sacó una gran llave de bronce y le echó llave al compartimiento de los viajeros, para evitar cualquier extravío.

Partió el tren. Desde el andén, Rosaleda movía sus brazos en son de despedida.

—Buen viaje. Saludos a su padre. Recuerdos al querido Chile.

Carrillo se abalanzó a la puerta. Estaba con llave. Forcejeó un buen rato. No

cedió la cerradura. Se dejó caer en su asiento...

—¡Perder mi noche de Londres!, dijo con un desconsuelo infinito. ¡Repito que el viejo de tu señor padre y tú, mala astilla de tal palo, son unos!...

—Más cuidado, caballerito. No permito que se insulte a nadie de mi familia.

—Lo sostengo en cualquier terreno.

Movedizo era el terreno para sostenerse. Cuando en Portsmouth el conductor abrió la puerta, descendieron dos magullados y malferidos que no se hablaban, y que no hablaron por muchos meses. Dos sombreros de pelo llegaron también a bordo. Lo único práctico de aquel viaje.

